

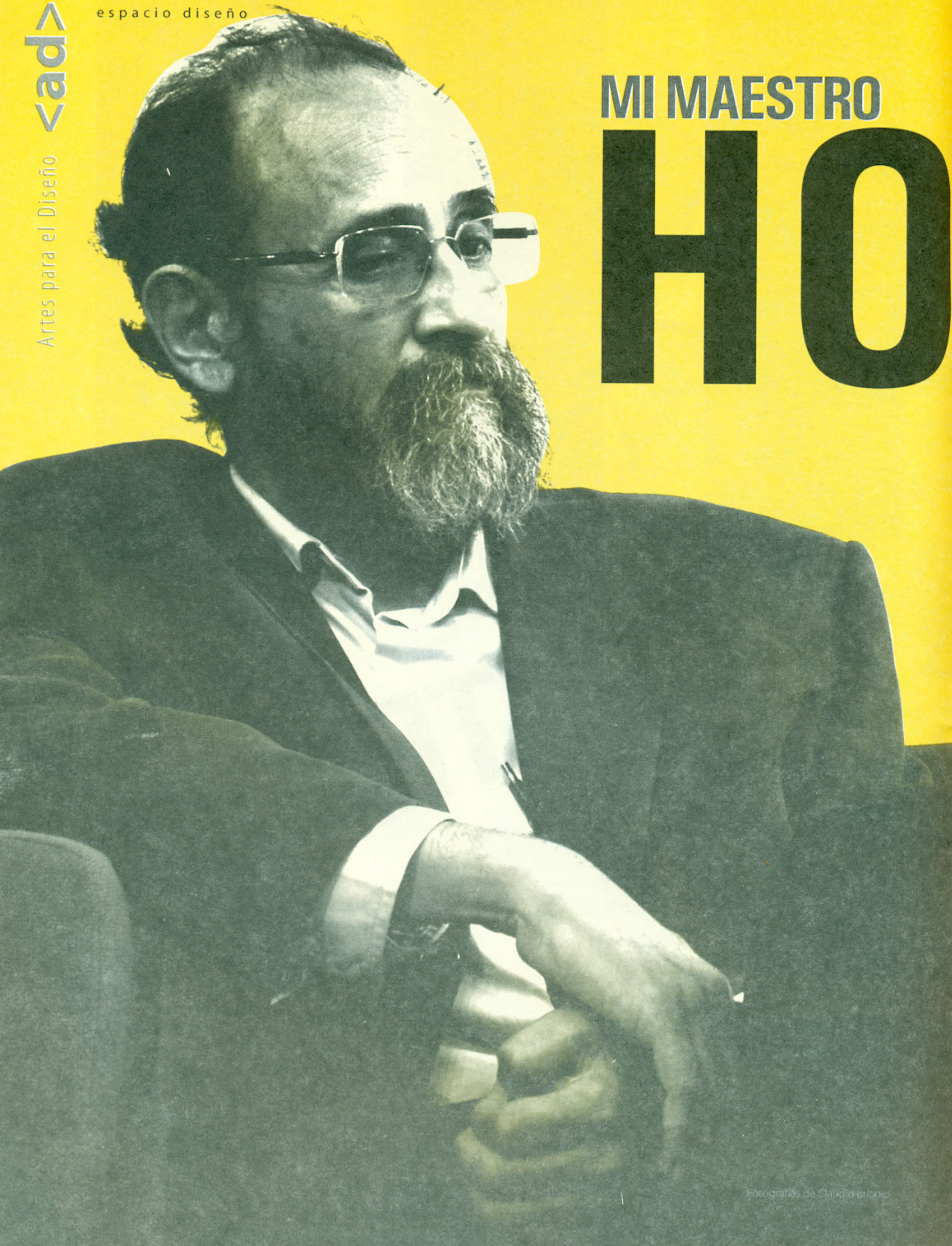
<adv>

Artes para el Diseño

espacio diseño

MI MAESTRO

HUO



Fotografías de Claudio Aronés

RACIO

SÁNCHEZ

Xavier Guzmán Urbiola

En el lejano 1980 llegaban puntualmente. Eran un grupo de maestros jóvenes de los talleres de número de la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM. Arribaban al Centro de Investigaciones Arquitectónicas del Autogobierno. Los congregaba el gusto por el estudio y la avidez por escuchar a Carlos González Lobo. Me parece que se reunían todos los jueves por la tarde. Asistían a tomar un seminario, ¿de urbanismo?

Yo era más joven que aquellos jóvenes maestros, y uno más de los ayudantes del mismo González Lobo, pero sólo para asuntos de historia, bueno, eso creo hoy. De modo que veía y oía de lejos las sesudas pláticas del maestro y las no menos talentosas intervenciones de los alumnos.

Uno de los asistentes, aún recuerdo que todos ellos entraban al Centro de Investigaciones como alegre parvada ruidosa entre risas, era Horacio Sánchez. Flaco, moreno, usaba, usa barba, no sé por qué siempre usaba también una chamarra de cuero, más bien eran dos idénticas, una café y otra negra. Fumaba mucho, sin filtro. Era tímido, callado, un tanto taciturno. Parecía medir por igual a sus interlocutores y sus palabras. No sé si pensaba que exponer una idea era un abuso de protagonismo.

No sé tampoco cómo, ni por qué —¿afinidades de caracteres?— empezamos a platicar. Cinéfilo, no sabría decir a qué grado. Luego me enteré que en su época de estudiante frecuentó el cineclub de la Escuela de Arquitectura que organizaba Paul Leduc. Parecíamos tener gustos semejantes, fobias comunes; ante el cinismo o la falta de honradez, era implacable, pero además sabio, pues no se molestaba, se reía. Descubrí que en confianza, Horacio se reía. Compartimos una formación, unos maestros, unos sueños.

Más tarde, por el año 1984, me parece que fue aquí en la UAM-Xochimilco, donde empezamos a tratarnos como colegas y hasta creo que juntos impartimos alguna clase. Se me reveló entonces que ese autocontrol y administración de su verbalidad era sólo una actitud aparente. Observé que Horacio, cáustico como el que más, para entonces tenía ya desarrollada una filosa ironía y la expresaba en una variedad enorme de adjetivos de todos tipos, tanto elegantes como soeces, para mover el abanico, o desarmar a cualquiera si el caso lo requería.

Recuerdo con cariño una gran época en que, comandados por Roberto Moranchel, el grupo de maestros de la carrera de Arquitectura de la UAM-Xochimilco, turno vespertino, cual debe ser, después de cumplidas nuestras labores y obligaciones, los viernes por la noche nos divertíamos bastante. Me vienen a la mente nombres como Luis Franco, Ricardo Pita, Mariano Benito Araluce, Raulito Hernández, Miguel Ángel Reynoso.

El León de Oro, cantina mejor conocida por nosotros como La Fiera Metálica, era el punto de encuentro. “Ya se están juntando los muchachos”, decía Arturo Burgoa. Los bares y antros de mala muerte que conocimos fueron muchos. En una ocasión, en la mesa contigua, ¿o fue en un callejón oscuro?, la violencia sin adjetivos se desató por cualquier nimiedad a unos metros de distancia. Los golpes, la confusión y quizá la sangre. ¿Estaba yo ahí, o Moranchel, a fuerza de repetir la anécdota me convirtió en espectador de un hecho inolvidable? Como haya sido, Horacio Sánchez, ese hombre capaz de violentar el uso del lenguaje y con ello participar con una mirada aguda, crítica de su entorno, en combates verbales y de ideas o posturas, en esa ocasión quedó paralizado, asustado, consternado. Comprendí, sin duda, que Horacio es, siempre ha sido, un hombre bueno y sensible.

Pasaron los años y tal vez para 1990, las vueltas que da la vida, puesto que entré a estudiar arquitectura aquí mismo en la UAM-Xochimilco, la fortuna quiso que Horacio fuera mi maestro de proyectos. Nos dio un módulo sobre vivienda. Él no tenía ninguna obligación conmigo, ya no era yo un maestro más, no era nadie, era un simple alumno. Sin embargo, recuerdo su calor y el afecto con que me recibió en su clase. Aquel hombre bueno, sensible y tímido, aquel hombre de los adjetivos seleccionados y guardados, entre algodones, como misiles, era, es, un maestro generoso y paciente. Me encargó que hiciera los trámites necesarios para que permitieran a nuestro grupo visitar la casa de Luis Barragán en Tacubaya. No lo logré, pues aún no la abrían al público, pero en cambio conseguí que recorriéramos sin ningún impedimento la casa Gilardi. La medimos y levantamos espacio por espacio, closet por closet y escalón por escalón. La entendimos gracias a Horacio: nos hizo comparar y contrastar la modesta fachada

Los años pasaron otra vez y creo que hacia 1998 nos vimos envueltos en un hecho penoso. En cierta ocasión escuché una conferencia de Horacio, ¿o leí un artículo de él?, en que hacía una historia de la arquitectura comercial. Por la misma época me preguntaron quién podría escribir un libro sobre dicho tema. Por supuesto, sugerí a Horacio. Recuerdo que nos pagaron bien. Yo era el investigador iconográfico y el trabajo se echó andar. En el trayecto, el cliente ya no quiso el libro y el trabajo se suspendió. Horacio Sánchez y Carlos González Lobo ya lo habían escrito. Los editores negociaron mal; ellos mismos nunca nos hablaron claro. Los meses pasaron y el libro nunca salió. Entre los papeles de Horacio deben estar esos borradores.

Hacia 2003, siendo Director de Arquitectura del INBA, alguien me hizo llegar un libro de Horacio sobre la vivienda. Me sorprendió, como a Carlos González Lobo, el gran aliento y valentía para abordar un tema nada fácil al explicarlo en grandes trancos históricos. Si todo libro es autobiográfico, algo de la personalidad de Horacio tiene este trabajo, pues los temas que aborda nadie puede enfocarlos ya de manera condescendiente ni tibia. Él en cambio los disecciona como cirujano y nos ofrece ahí un diagnóstico terrible que muchos se niegan a aceptar. Su réquiem final por la ciudad y la región más transparente ha sido elogiado merecidamente.

Horacio Sánchez, junto al Mtro. Juan Manuel Everardo Carballo, Director de la división de Ciencias y Artes para el Diseño, en el homenaje que se le rindió por sus 30 años de labor en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.



con el rico interior, nos explicó la perspectiva del acceso lograda con aquellos paralelepípedos-celosía, el juego plástico del muro vertical interior en la alberca y la manera de hacer convivir dos espacios en apariencia irreconciliables (la piscina y el comedor), el papel de la jacaranda en el patio trasero como eje, la disposición superior de la zona íntima y la biblioteca, la terraza de la tercer planta no sólo como tal, sino como habitación a cielo abierto. Por supuesto eran los prolegómenos para proyectar el más frecuente, sencillo y complicado de los encargos, una casa. Fue aquella una clase maravillosa impartida por un Horacio Sánchez, quien una vez más se me reveló no sólo como un querido amigo, una persona buena, sino como un maestro excelente.

Las elecciones y decisiones particulares de cada uno, así como la vida, nos llevaron por caminos diferentes. Unos amigos con una formación de alguna manera común coinciden a veces, en otros momentos se separan, cambian los papeles, hasta viven dificultades, pero el afecto, si es verdadero, como en el presente caso, permanece aún por encima de las distancias. Descubro entonces que la vida compartida con los amigos, con los maestros, es como bajar a una mina donde cada veta nueva, o renovada, nos asombra y hallamos lo enigmático que pueden ser esos amigos y la cantidad de bonanzas con que pueden sus vidas enriquecer las nuestras. Mi querido Horacio, hace años que no nos vemos; tampoco ahora logramos coincidir. Muchas gracias por tu bondad, afecto y enseñanzas. Aunque ando lejos, quise estar hoy ahí contigo, por medio de estas líneas, en el homenaje por tus primeros 30 años de maestro.